

★ ANDRÉ GIDE ★

● ESTOS AÑOS de la vejez de André Gide, contrariamente a lo que es habitual en escritores de generaciones pasadas, no han traído el olvido para su obra y, lo que siempre ha importado más, para su drama, sino que han acrecentado el interés y el apasionamiento por desentrañar la clave de su personalidad profetiforme.

Mientras su gran amigo Paul Valéry, de quien acertadamente ha dicho Sartre que desde veinticinco años antes de su muerte venía publicando libros póstumos, ha desaparecido por completo en el interés del lector actual, Gide a los ochenta años continúa siendo tema de polémicas encarnizadas que él debe contemplar desde sus retiros alejados de París —Neuchâtel, Niza— entre perplejo y complacido.

Pocos escritores contemporáneos han removido conciencias y turbado la calma de los literatos puros, ingresando en las letras los temas morales y sociales, como lo hizo siempre Gide, y sobre él se ha acumulado una bibliografía abundantisísima que se acrecienta día tras día con nuevos aportes provenientes de los sitios más inverosímiles y estudiándolo bajo ángulos sorprendentes. (Un joven francés muerto en la guerra encontró leyendo *Nourritures terrestres* el camino hacia Dios, convirtiéndose al catolicismo. Su interpretación simbólica del libro de Nathanael, dado a conocer recientemente, es curiosísima y por muchos conceptos reveladora.

El que más ha colaborado en esta labor de análisis es el propio Gide, que no deja pasar mes sin proporcionar al público ávido de sus lectores una nueva reflexión sobre sí mismo, una aclaración de un viejo tema querido, un papel o carta inéditos. Parece dispuesto, contrariamente a lo que precedía Jules Romains, sobre publicaciones póstumas preparadas de antemano como Hugo, a no ocultar ningún vestigio de que de un modo u otro ilumine aspectos de este inmenso proceso que se le ha incoado desde que el mundo fijó su atención en el "caso Gide".

Las palabras del Evangelio, cuya lectura repetida llenó años de su vida y que aceptó desde siempre con entereza y con un decidido valor, iluminan sus intenciones: "cuanto habéis dicho en tinieblas, en la luz del día será oído y lo que habéis hablado al oído en las alcobas, será pregonado sobre los terrados." Y ese voceamiento de todas las intimidaciones, que la Iglesia deja para el más allá, Gide, de conformidad con sus ideas, lo retrotrae a este mundo y enfrenta el juicio de los hombres. Pero también hay en este propósito mucho de vanidad, el narcisismo que desembazadamente confesaba en *Si le grain ne meurt* y que se transparenta en toda su obra y —¿por qué no?— la iactancia desesperada de quien siente puede perderse.

Su consigna es no dejar nada oculto, estar presente para responder a las que considere interpretaciones erróneas — que no sobrevengán, ¡por Dios!, después de la muerte— y presenciar las evoluciones de su proceso y solo parece relegar para después lo referente a su drama conyugal que el Diario, cuidadosamente expurgado, no registra, pero al que colateralmente se refiere en algunas páginas recientes, como en el *Adagio*.

Su última obra orgánica fue el *Teseo*, escrito durante la guerra. En adelante comenzó a ordenar y publicar sus archivos. Así apareció su pintoresca correspondencia con Marcel Proust, relativa a la publicación por la NRF de "A la recherche du temps perdu"; su correspondencia con Francis James, amigo de la primera época y a quien llegó a detestar acervamente (edición de NRF); sus cartas a Raymond Bonheur y el libretto de una ópera nunca realizada, *Le retour*, (*Ides et Calendes*); su epistolario con Claudel que acaba de publicar *Le Figaro Littéraire* obteniendo una resonancia mundial, etc.

Pone a disposición de los investigadores sus papeles, que

lorable.

Muchos de los temas que en un momento fueron centrales en su obra, han perdido actualidad. ¿Quién recuerda con pasión sus disquisiciones sobre el acto gratuito? Un relato —sotie— tan inquietante como *Prometeo mal encaadenado* no logra hoy la atención sostenida del lector. Libros que tanto ruido causaron cuando su aparición como *Corydon* o *les Retour* han sido definitivamente colocados entre sus peores obras y, en la medida en que eso es posible tratándose de Gide, olvidados.

Pero en cambio el interés de un tema ha ido creciendo a medida que pasaban los años, a medida que se acerca a la muerte: su actitud ante la religión, su negativa a creer en la inmortalidad. Son muy conocidas las etapas de su vinculación con lo religioso, su formación protestante, la imperiosa fuerza de sus instintos, la lucha entre estos y las normas de su vida espiritual, su noción del pecado, su interpretación de las Escrituras para inclinarlas de su lado en *Numquid et tu*, el modo en que resistió los embates de sus amigos católicos. El 10 de abril de 1929, decía tristemente a Julien Green: "Todos mis amigos se han convertido: Ghéon, Claudel, Laurena, Cocteau... Esto me ha hecho imposible toda conversación con ellos..." En su Diario, al observar la cantidad de conversiones efectuadas en las filas de escritores franceses, les contraoponia a Valéry, considerando que bastaba para equilibrar el juego de fuerza. Pero es el quien mejor representa la otra vertiente —religiosa también— dentro de la intelectualidad de su país. A convertirlo dedicaron sus mejores esfuerzos amigos y enemigos y él resistió siempre con severidad los embates reiterados. Y si los amigos abandonaban la empresa no lo hacían sin la secreta esperanza de que la cercanía de la muerte imprimiera un vuelco en sus convicciones.

No ha sido así. Las últimas páginas conocidas de Gide refirieron la que fue posición de su vida. Los escritores católicos parecen abandonar la partida y algunos, como Francois Mauriac se confían ahora a las plegarias de los fieles.

La muerte comenzó a aparecer en la obra de quien tan encarecidamente dignificara la vida en todos sus goces terrenales, apuntada en brevísimos rasgos, como si la esperara con serenidad y curiosidad. Sobriamente, sin melodramas, revistiéndose de la calma olímpica de Goethe que en él no deja nunca de ser disfraz postizo, señala su cercanía. Una anotación de 1942, seis de noviembre, lo indica incidentalmente: "A cada enfermedad curada (escribo esto después de ocho días de gripe) a cada coche o bicicleta que evito me digo: Vamos, por esta vez todavía no ha sido."

Posteriormente el *Teseo* trataba de presentarlo como él quiso ser, desembarazado de las cargas religiosas, construyendo libremente su vida y su obra. Pero ese esfuerzo de quedar en la memoria de los hombres como ahora que lo ha sido, se destruye a la luz de su pasada obra y asoma de pronto su necesidad de remediar y asegurar sus convicciones.

En unas "Feuillets d'automne" escritas en Neuchâtel en noviembre de 1947, cuando

RESEÑA DE REVISTAS

★ ASIR. N.º 13

Del sumario de la entrega correspondiente a diciembre, destacamos algunos artículos.

Fragmento de una carta de Miguel de Unamuno, escrita desde el destierro de Hendaya que retrata su angustia ante el panorama de España y que tiene la virtud —virtud de muchas páginas del gran español— de parecer escrito hoy desde el destierro en que están millares de sus compatriotas. Sus palabras —"No hay más justicia que la verdad. Y la verdad, decía Sófocles, puede más que la razón. Así como la vida puede más que el goce y más que el dolor. Verdad y vida, pues, y no razón y goce es mi divisa"— representan la divisa de numerosos españoles residentes en estas tierras de América. Una carta de Landsberg a José Bergamín precisa en forma sintética el alcance de los juicios que sobre el rector de Salamanca formulara en su ensayo "Reflexiones sobre Unamuno".

Bajo el título "Aventura del hombre actual" W. Lockhart publica una colección de notas en que plantea algunos de los problemas más graves con que se enfrenta hoy día el escritor, en especial los relacionados con el destino moral y social del mundo. Sus anotaciones son testimonio de una inteligente meditación sobre estos temas, tan fácilmente desdanzados en la soñarrera general de nuestros literatos, y si bien por momentos solo repiten conocidos esquemas, en muchos otros significan aportes originales que invitan a un tratamiento más detenido y orgánico.

En una nota —Narrativa uruguaya 1949— A. S. Visca intenta determinar los posibles caminos de nuestra literatura de narración en base a libros de Montiel Ballesteros, Gravina y Diaz. El tema, particularmente interesante y al que de un modo u otro se han ido acercando varios escritores jóvenes, reclama un planteamiento directo y decidido. Visca podría intentarlo, dando el mismo respuesta a las interrogantes que plantea y que le otorgan cierta vaguedad a su nota.

Los tres poemas de Cabrera acusan un acrecentamiento del tono salmodiado de su poesía y un discurrir o narrar temas poéticos que sorprende en el autor de "Ofanalo".

Un fragmento de Morosoli no nos permite abrir juicio sobre su tan anunciada y esperada novela "Muchachos" y si solo señalar su evidente calidad literaria, el tono poético cuyo encanto se ve acrecentado por la falta de relación con la obra, la corrección y limpieza de su estilo, y reiterar el interés que despierta mediante este adelanto, la publicación de la obra. Bordoli la introduce con una nota en que interpreta el mundo literario y humano de los libros de Morosoli y que constituye el mejor estudio que conocemos sobre el escritor miniano.

Un cuento de María Inés Silva Vila, "Mi hermano Daniel", merece el estudio aparte que le dedicaremos.

★ NUMERO. N.º 5

En su entrega correspondiente a noviembre - diciembre incluye los siguientes artículos originales: un cuento de Mario Benedetti, "El presupuesto", perteneciente a su libro *ESTA MANANA* que comentaremos en breve; una ordenación y síntesis —realizada con método y precisión— de las publicaciones efectuadas en los últimos años destinadas a invalidar la teoría de Bérard sobre poemas homéricos, que firma Hernán Rodríguez Masone; poemas de Liber Falco, fugaces connotaciones líricas con la difícil sencillez que obtiene en sus mejores momentos —y estos lo son— una poesía tan auténtica y tan depurada como la de Falco, y la conclusión del "Orfeo" de Denis Molina.

E. Rodríguez Monegal da otra vuelta de fuerza al tema obsesión de su vida, la literatura de Borges, ordenando su obra sobre la clasificación del género fantástico que hiciera el propio Borges en la conferencia dictada en Montevideo.

En una inteligente nota Claps resume las ideas de Max Buber en "¿Qué es el hombre?" y llama la atención sobre el alcance de su mensaje que permitiría "la realización de una vida plena."

Traducciones de Jaspers y MacCarthy y un conjunto de bibliográficas y notas superfluas o erróneas en su mayoría, completan el número. A. R.

una de sus frecuentes enfermedades había recrudecido la actividad proselitista de sus amigos, escribe: "Sabré decir 'Así sea' a lo que me sobrevega, sea lo que fuere, aunque se trate de no ser más, de desaparecer después de haber sido. Pero ahora existo y no se lo suficiente que significa esto. Quisiera tratar de ver claro."

"Por piedad, dejadme tranquilo. Necesito un poco de silencio alrededor de mí para obtener la paz en mí mismo."

"Oh! qué molestos sois. Necesito recogerme."

Y estas páginas de *Adagio*, las últimas que ha publicado ("La Table Ronde" diciembre de 1949) testimonian la reaffirmación de sus principios después de una larga meditación, su modo de decir: Esto es lo que pienso en definitiva. Ateos a estas palabras con las que un hombre se despide de la vida que ha gozado, sabiendo que después no hay nada. Todo termina con la muerte.

A'GEL RAMA.

LIBRERIA DE SALAMANCA

Bmé Mitre 1382

Teléfono 9-27-49

C. CÉZAN. — "Louis Juvet et le Théâtre d'aujourd'hui"	\$ 3.10
A. CARREL. — "Le voyage"	" 1.80
G. MARCEL. — "Existentialisme Chrétien"	" 2.70
A. CARREL. — "Le voyage de Lourdes"	" 1.50
TOYNBEE. — "La civilización puesta a prueba"	" 5.60
Nueva poesía nicaraguense. — (Antología)	" 5.20
O. FERRARA. — "Un pleito sucesorio"	" 7.60